



Estos días pasados, había caído agua abundante de las nubes. A mí me hubiera gustado que hubiera caído vino.

La bóveda celestial estaba llovediza, cuando decidimos ir a buscar setas a la zona de pinares. Alguien dijo que el Tiempo no anunciaba lluvia para hoy, que era el día elegido.

Fuimos, y ocupamos airosamente la zona de pinares de la Sierra de Burgos, esperando que nos colmase de favores. Nos habían dicho que este lugar estaba lleno, pleno de setas y hongos. Cuando llegamos, había un lleno completo y dominaba el personal rumano.

A mí me pareció horrible la lucha por esta planta tuberculosa comestible. Nos dijeron, que hace unos días habían llegado a las manos los paisanos y los rumanos.

Yo no puedo soportar que alguien nos guépara encontrar setas cantando:

-Sal, setita; setita, sal.

Cortábamos los arbustos, separábamos las hojas, intentando encontrar alguna y contarlas: siete, seis, trece. ¡Yo cogí una! Era venenosa. “Me cagüen la”.

Yo me reía, porque las mujeres que nos acompañaban llevaban dibujada la seta entre sus muslos. No podíamos esperar que las setas cayeran del cielo, pero sí del culo.

Llevábamos andado mucho, y yo me estaba cansando. No me sentía con el tesón suficiente para seguir a esta purriela de gente, sobre todo cuando la hechura de las hembras es la de una seta en ciernes, en la que entra el puro u hongo de color púrpura.

Me distancié de todos ellos, y ocupé un lugar apartado, que a mí me pareció una pinacoteca o galería o museo de pinos. Me bajé los pantalones enseñando, a este trozo del pinar, la parte más sublime de mi cuerpo.

Cual embarcación carnal pequeña de remos y vela, me puse a cagar pinatras, esos hongos comestibles de América.¡Planté un pino

pimentero, parecido a ese arbusto trepador de los Trópicos, como los que plantaba Henry Miller;

Me sentía feliz como un ocho en forma de chocho; o como Sesostris, el más célebre de los reyes de Egipto, que cagaba, al mismo tiempo, tanto en Etiopía como en Judea, Asiria, Media, Bactriana, las regiones del Cáucaso y otras comarcas, y cubrió de monumentos o pinos de mierda el suelo de Egipto; como así lo descubrieron por el gusto y el olfato Diodoro Sículo y Manethon, que las examinaron por unidad y una mitad de ellas, y también en razón de tres a dos, que, por eso, se les conoce como los “Sesquiálteros”.

Cuerdamente me marché, haciendo mutis por el foro, y deshaciendo el camino andando; regresando al lugar de donde partimos, que era Vilviestre del Pinar, guiado tan solo por una seta, pavesa o moco de la luz que cuelga de los pinochos de los pinos, recibíendome, a la entrada del pueblo, en un charco, el cantar de las ranas.

-Daniel de Culla